

(2)

LUIS MALDONADO

# Oración inaugural

del curso de 1919 a 1920 en  
la Universidad de Salamanca.



SALAMANCA

Imp. y Lib. de Francisco Núñez Izquierdo  
Ramos del Manzano, 42, y Rúa, 25

1919

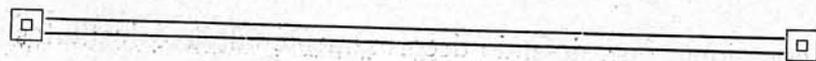
ORACIÓN INAUGURAL  
DEL CURSO ACADÉMICO  
DE 1919 A 1920

## SALUDO

al Excelentísimo Señor Don Eloy Bullón y Fernández, Subsecretario de Instrucción Pública, quien, en representación del Gobierno de Su Majestad, preside la solemne inauguración del curso de 1919 a 1920, en esta Universidad de Salamanca.

1.º - X - 1919.





EXCELENTÍSIMO SEÑOR:



A Universidad de Salamanca, cimiento y solera de la cultura española, recibe hoy un grande honor con la visita de V. E., por el cual eleva al Gobierno de Su Majestad el testimonio de la más rendida gratitud.

Cualquier otro representante que hubiera elegido, para dar solemnidad a la apertura de los estudios, habría sido bien acogido; pero la designación de V. E., hijo ilustre de esta tierra, educado aquí desde la primera infancia, compenetrado con nuestra historia y nuestras tradiciones, siendo a V. E., más que familiares, connaturales todas las características de la vida salmantina, nos produce una excelsa alegría, un noble entusiasmo, un honrado orgullo, al ver que nos envían de la Corte, en representación del Poder Central, a aquel joven imberbe que salió hace pocos años de nuestras aulas, a quien contemplamos, ahora, como una esperanza realizada y en camino de un definitivo y justo encumbramiento.

Y aquel mozo de entonces, ya hombre maduro, sobre el cual pesa, ahora, la responsabilidad de una elevada posición en la enseñanza pública, no viene con las manos vacías, sino que, anhelando restituir a su patria chica los esfuerzos que hizo para engrandecer a España, la trae nuevas de grandes y justas

concesiones que, dotando decorosamente nuestros Institutos docentes, consentirán que desarrollen su acción educadora. Trae, también, nuestro ilustre paisano, esperanzas ciertas de que la vieja Escuela salmantina volverá a ser, en la Península y en Ibero-América, un foco de ciencia pura que alumbre la maravillosa expansión de los pueblos de nuestra raza y de nuestra lengua; de aquellos pueblos que no han dejado un instante de ver, en la dorada Salamanca, el luminar de una eterna peregrinación por mares y continentes.

Le vais a oír y no quiero dilatar vuestra impaciencia más allá de lo que consienta el rápido cumplimiento de mi deber legal en este día.

Él os compensará, después, de la sequedad de mi disertación, obra de un hombre que siente ya la fatiga de los años, con una espléndida y elocuente manifestación de su juventud y de su talento.

Mientras llega ese instante, en nombre de este respetable y cultísimo auditorio, elevo a V. E. el saludo cordial de esta noble tierra, solar de su nacimiento, donde aun, por merced divina, goza de la presencia de sus padres, y la entrañable bienvenida de este Claustro que ve renacer, en V. E., los más preclaros timbres de su gloriosa historia.

HE DICHO

## TEMA

Elogio de los señores doctores del gremio y claustro de la Universidad de Salamanca, que a continuación se expresan:

Ilustrísimo señor doctor don Salvador Cuesta Martín, rector y catedrático de Derecho Administrativo, jubilado el 20 de Septiembre de 1918.

Señor doctor don Federico Brusi y Crespo, catedrático de Historia del Derecho, jubilado el 20 de Septiembre de 1918.

Excelentísimo señor doctor don Antonio Díez González, catedrático de Higiene General, jubilado en 20 de Septiembre de 1918.

Breve noticia necrológica del señor doctor don Indalecio Cuesta Martín, antiguo catedrático de Clínica Médica en la Facultad de Medicina, fallecido en Reus el 29 de Junio de 1919.

Necrología del señor doctor don Pedro García Dorado y Montero, antiguo becario del Colegio Mayor de San Bartolomé, de esta ciudad, y del de San Clemente, de Bolonia, condecorado con la Gran Medalla de Oro del Mérito Penitenciario, catedrático de Derecho Penal, fallecido en Salamanca el 26 de Febrero de 1919.



Señoras y señores:



A limitación que imponen las disposiciones vigentes (1), reduce las dimensiones del discurso inaugural en tales términos, que no sé cómo podré abarcar todo aquello de que yo anhelaba hablaros largamente.

Para producirme con más holgura prescindiré del obligado exordio y del acostumbrado encarecimiento de la modestia del orador que en este caso es bien palmaria. Sobradamente conocéis todos la humilde persona a quien el Gobierno de S. M., con una espontaneidad desusada, encomendó la regencia de este ilustre gremio y claustro, al cual debe, por segunda vez, el honor inmerecido de su representación parlamentaria.

Quiero dedicar, en estos momentos solemnes, algunas palabras de efusión y cordialidad para aquellos queridos compañeros de profesorado que, ya por ministerio de la ley, ya porque Dios lo ha querido así en sus inescrutables designios, fueron baja en nuestras filas durante el curso pasado de 1918 a 1919.

---

(1) R. O. de 30 de Noviembre de 1893.

DOM S. CUESTA

Don Salvador Cuesta Martín, el ilustre Rector, el venerado maestro de tantas promociones escolares, fué jubilado en el pleno goce de su capacidad profesional, cuando, en sus aptitudes, conservaba intacto el vigor de los años juveniles, cuando por divina merced, el tiempo no había dejado huella en su organismo robusto ni en su inteligencia privilegiada...

Era, mi digno predecesor, uno de los insignes varones que mayor honor lograron para Salamanca y para su Universidad en un largo período; hizo su carrera no ya con brillantez que, el consagrado epíteto, es insuficiente para calificar el esfuerzo continuado, la viva atención, el ánimo despierto y sobre todo la vocación clara, ardiente y decidida, el culto fervoroso, tanto en lo que tiene de intelectual como en el aspecto moral y de conducta humana, con que profesó la ciencia del Derecho.

Por tal camino, aprendiendo y enseñando a la vez (1), que es la mejor manera de formación científica, llegó pronto a ser un jurisconsulto en la más elevada acepción de la palabra, un jurisprudente a la romana consagrado ora en la cátedra, ora en el estudio, ora en el Concejo (que en Salamanca es foro y ágora a la vez), al bien de sus semejantes; uno de aquellos jurisperitos, salidos en gran parte de esta Escuela y de sus Colegios Mayores, que constituyeron el famoso grupo social a que se dió nombre de *gens togata* y a quienes se debió la elevación, a su más alto nivel histórico, del Gobierno de España y de las Indias.

El magisterio del señor Cuesta en varias universidades y principalmente en la nuestra, a la cual le trajeron al fin sus anhelos filiales, se caracteriza por un verdadero culto de la filosofía cristiana y un amor acen-

(1) Fué fundador, en unión del famoso matemático D. Luciano Navarro, profesor del Instituto, del colegio de San Juan de Sahagún, sito en esta capital, calle de la Rúa, en la casa de los Tapia Ruano, de que fui algún tiempo discípulo.

drado a la cultura clásica que trascienden a toda su vida científica inspirando, a la vez que su obra pedagógica, su labor forense y su producción literaria.

Esta última es copiosa y escogida; publicó libros de texto de Derecho Político y Administrativo que fueron y son admirable y sencilla exposición de la doctrina científica de la época, y, en colaboración con don Manuel de Bedmar, nuestro inolvidable compañero, un interesantísimo cuestionario para la licenciatura que abarca todos los ramos de la enciclopedia jurídica y es acabado compendio de la misma.

Su obra más estimada es acaso la de menores dimensiones y fué escrita en los años juveniles, cuando apenas si estaba formada su personalidad didáctica, más en pleno desarrollo de la inteligencia, con la memoria pletórica y el ánimo avivado con los anhelos de la primera exploración científica; me refiero al pequeño tratado o manual del Derecho Político, muy celebrado por mis maestros y el cual tiene para mí algo de dogmático, porque en él, con gran entusiasmo, hice yo mi aprendizaje.

En otro país, menos combatido por los vendavales del *snobismo*, el librito del catedrático salmantino (no menor sin embargo de tamaño que *La República de Aristóteles*) hubiese quedado como obra clásica entre nuestros escolares.

Don Salvador Cuesta fué también un eminente abogado de los que contribuyen a la dignificación de la carrera, tanto con su ciencia como con su conducta. Fué ésta tan ejemplar, tan escrupulosa, que su recuerdo será siempre dechado de profesionales.

Abogó mucho y con buen éxito, porque jamás aceptó asunto cuya justicia no fuera de claridad meridiana, y puso, en la defensa de los que aceptaba, el ardor de su vocación y el ornamento de su gran cultura.

Fué a parar a sus manos, creo que como abogado

de Beneficencia, el más importante negocio judicial que hubo en los Tribunales salmantinos en todo el siglo XIX y lo que va del XX. Puso en él su alma, su ciencia, su esfuerzo corporal, su prestigio profesional y político, y hasta corrió peligro de la vida. Ganó con costas y... aun es deudor a su numerosa familia de la inconcebible generosidad, de la inaudita esplendidez de no haber querido percibir ni un céntimo por su dilatado trabajo.

¡Oh! jóvenes; los que de vosotros váis a dedicaros al ejercicio de la profesión, yo os recomiendo este ejemplo alquitarado de honorabilidad, no para que extreméis vuestra conducta hasta igualarlo, que bien sé lo dura que es la vida de los intelectuales en España, sino para que no lo perdáis de vista ni lo dejéis caer de la memoria cuando tengáis la pluma en la mano y la minuta en blanco y os dispongáis a estampar en ella la valoración de vuestro trabajo profesional.

Don Salvador Cuesta, sin la menor solicitud de su parte y en forma del todo inesperada para él, fué nombrado Rector de la Universidad y es ésta la última fase de su vida académica.

Yo no soy, señores, el más capacitado para juzgar de ella; porque, si bien es cierto que jamás combatí tal nombramiento y me pareció siempre que su personalidad estaba a la altura del cargo, también lo es que, como representante de la Universidad en el Senado, condené con toda mi alma la destitución que lo produjo.

Fué jubilado don Salvador Cuesta, como dije anteriormente, en plena floración, y aun diría, si fuese usado, en plena fructificación espiritual, cuando aun conservaba sus desbordantes energías. Y, por una de esas extrañas e inexplicables ironías del destino, ha sido sustituido (bien sabe Dios cuán espontánea fué la designación del inolvidable ministro señor Burell) por el hombre enfermo y semicaduco que tiene el honor de dirigiros la palabra.

**DON F. BRUSI** También el precepto legal separó de nuestro lado a don Federico Brusi Crespo, y esta escisión, que pudiéramos llamar *inter vivos*, ha sido dolorosa para todos los compañeros, especialmente para los de la Facultad de Derecho, en que prestó dilatados servicios.

No quisiera que mis elogios rebasasen la justa medida, porque, en tal caso, mermarían, a la vez que el mío, el prestigio del biografiado; pero creo que, sin temor a ese duro castigo, puedo aseverar que nuestro jubilado compañero era y es el patrón del hombre justo, verdaderamente equilibrado en sus facultades y en su conducta social y académica, sereno en sus pensamientos, en sus obras y en sus juicios, incapaz de toda simulación o fingimiento y, tan verdaderamente poseído por su labor pedagógica, que, cuando intervenía en los actos académicos, se dejaba absorber por ella en una visible transmutación espiritual.

Los que le oímos explicar y examinar, podemos dar fe de ese estado de espíritu que Dios sólo concede a sus elegidos.

No hace mucho tiempo presidía, a la vez que con su bondad, con su gran prestigio docente, nuestro tribunal de Historia del Derecho.

Y era de ver su encanto cuando, al encontrar terreno abonado en algún joven inteligente y que respondiera a sus preguntas, podía engolfarse ora en las instituciones celtibéricas anteriores a los tiempos de la dominación romana, ora en esta época, que conocía con los menores detalles, ora en aquel caos misterioso e inextricable de las instituciones medioevales, que para él, que tenía en la memoria todos los hilos de aquella compleja organización, no era tal caos sino un bello laberinto por el cual discurría y hacía discurrir a los discípulos como si fuera por su propia casa.

Don Federico era, y es, la pulcritud personificada; le conocí aún joven, le he tratado toda mi vida y jamás

pude notar en él ni una mota en su vestido ni una ligera vacilación en su conducta moral de esas que, los más, sentimos y aun padecemos con frecuencia y que hasta nos arrastran a delinquir, aunque luego procuremos enderezar nuestro camino.

Tan naturales parecían en él la rectitud y el saludable rigor, que de ella se deriva, que los alumnos que sufrían sus consecuencias, jamás protestaban ni proferían la menor queja ni le produjeron el más leve disgusto y hubo día en que suspendimos —en que suspendió él, para hablar con toda verdad— el noventa por ciento de los examinandos.

Es el caso de don Federico Brusi, pulquérrimo de alma y cuerpo, varón refinado en las virtudes de la vida social y académica, otro nuevo espejo de conducta que yo presento a la consideración de la juventud que puebla nuestras aulas.

**DON R. DÍEZ** Siguiendo el camino de estas tristes despedidas de nuestros caros compañeros de tantos años, llamamos ahora a la puerta del tercer jubilado, de nuestro entrañable amigo el ilustre salmantino don Antonio Díez.

Cualquiera que sea su estado de ánimo, él nos recibirá amablemente porque esa es la característica de su temperamento verdaderamente pedagógico: la amabilidad en la frase, el trato afable, las buenas formas, la hidalguía, la generosidad extremada, lo que antes se llamaba cultura urbana y abarcaba desde la manera de explicar en la cátedra hasta la forma de calzarse los guantes.

A tales refinamientos, que eran una necesidad para su espíritu, sacrificó don Antonio, con los mejores días de su vida —honroso es decirlo— la mejor parte de su fortuna.

Casi pudiera recordar, con los menores detalles, el

acto de su designación para el primer cargo académico que desempeñó.

Los que calumniaron las facultades libres de Medicina y Ciencias, mantenidas por el Municipio salmantino, no conocieron el estado anterior a que puso remedio su creación, ni supieron el escrúpulo con que, en los comienzos de ellas, se procedió a la designación de sus profesores.

Si luego fueron víctimas de algún abuso caciquil, no es de mi incumbencia afirmarlo ni negarlo; pero, aquel Director General de Instrucción Pública, aquel Rector y aquel Alcalde que las organizaron, los tres inolvidables a mi afecto, escogieron a dedo entre lo mejor y obligaron a venir a la capital, a ganar un sueldo, indecoroso por lo escaso, a los que como don Antonio Díez, acreditados en las más ricas comarcas de la provincia, vivían espléndidamente de sus titulares.

Aquella escuela incipiente (Colegio de Medicina se le llamaba entonces), regida por Llevot, un médico genial, sintético y talentado de los del antiguo régimen, con la colaboración de don Marciano de Nó, don José Esteban, don Angel Núñez y tantos otros, a la sazón recién salidos de la Facultad madrileña, logró si no extirpar, combatir victoriosamente, en la ciudad y en los campos, la plaga horrenda y kabilesca de curanderos, ensalmadores, saludadores, partoleras y zurupetos de toda laya, que convertían el arte de sanar en uso y abuso de espeluznantes agüeros y hechicerías.

¡Bien haya aquella naciente Facultad cuyos espléndidos frutos (1) estamos ya recogiendo en honra de esta madre escuela!

Reitero, señores, que los que maldijeron de ella no alcanzaron aquellos tiempos ciertamente ominosos, en

(1) Veintiocho catedráticos y multitud de médicos del Ejército, de la Armada, de Puertos, de Beneficencia, etc., etc.

que, la curandera de Zarapicos y el curandero de Mayalde, gozaban un dilatadísimo partido que rebasaba la raya de Portugal, ejerciendo en todo él, mero y mixto imperio y gozando igual ascendiente.

«Pauperum tabernas regumque turres».

Don Antonio Díez, de quien os iba hablando, sentía igual cariño por la ciudad que por la Escuela en que profesaba y, siendo Alcalde de Salamanca, acogió cariñosamente y llevó a feliz término una iniciativa mía: la invitación a S. M. el Rey para que honrase a Salamanca con su visita y a la Universidad, presidiendo su apertura y renovándola sus privilegios tradicionales.

No ha sido nada espléndida la suerte para nuestro ilustre amigo: llególe la jubilación inoportunamente en todos sus aspectos; pero de esas crueldades del aciago destino le compensará la gratitud de Salamanca y el buen afecto de sus compañeros de claustro.

La vida pública de este insigne salmantino ha sido verdaderamente ejemplar y, como tal, la presento y recomiendo a la juventud estudiosa.

El señor Díez sacrificó en todo momento su holgada posición social al bien público: tuvo a gala al servir los cargos tributando, a su prestigio y a su desempeño, con grandes mermas de su patrimonio familiar, y su delicada conducta es prototipo de caballerosidad y de nobleza, cada día más insólito en nuestra patria.

**DON I. CUESTA**

Al llegar a este punto me sorprende la triste nueva del fallecimiento, ocurrido en Reus, de don Indalecio Cuesta Martín, perteneciente a una estirpe de intelectuales que tuvo su raíz en mi venerado maestro el gran humanista D. Cristóbal Cuesta.

Aun no perteneciendo ya don Indalecio ni al claustro docente ni siquiera al extraordinario de esta Escue-

la, no resisto ni al deseo ni al deber de dedicar algunas frases a su memoria.

Fué, nuestro antiguo compañero, un profesor ilustre de la Facultad de Medicina, de la cual era también preclaro y honroso discípulo; ejerció la profesión con gran fama, habiendo sido, durante muchos años, requerido por una lucida clientela en la capital y en la provincia.

Junto con su recuerdo irá siempre el de la transformación en oficiales de las Facultades libres de Medicina y Ciencias, cuya incorporación al Estado tuve el honor de proponer en el Congreso, respondiendo al anhelo de una numerosísima comisión que representaba, como entonces se decía, las fuerzas vivas de la vieja ciudad. Presidióla, infundiendo en ella toda su enérgica actividad, don Indalecio Cuesta, entonces Alcalde Constitucional y fué de oír su hermosa arenga, ante el pueblo delirante, cuando, al regresar de la corte con el pleito ganado, nos recibió en triunfo a la Puerta de Zamora.

Todo pasó ya, y aquel hombre insigne, lleno de robustez, ingente y gallardo como los picos de la serranía en que vió la luz primera, pasó a mejor vida, siendo un nuevo eslabón que se rompe de aquella cadena de afectos que nos ligaba a la vida salmantina.

ambos temperamento apostólico; el segundo fundó escuela, constituyendo con sus discípulos y seguidores (casi toda la masa obrera de la industriosa Béjar) una especie de cenáculo del cual salían, a veces, vientos de fronda societaria, siendo otras a manera de pórtico griego donde departían los iniciados que, en los últimos años, estaban muy en relación con el ilustre filósofo don Mariano Arés y Sanz.

Con estos antecedentes se comprenderá la fundación en Béjar del magnífico colegio que dirigieron don Juan García Nieto y don Eloy Bejarano, discípulos predilectos de don Nicomedes, y que tal institución docente lograra un gran éxito, absorbiendo por su admirable organización, casi toda la clientela docente de Salamanca, Zamora, Avila y las dos provincias extremeñas.

En ese colegio, con tan excelentes maestros e inspiradores, hizo Dorado los estudios de segunda enseñanza, y vino tan diestramente preparado en las nociones fundamentales de la Filosofía, que desde el principio fué el discípulo predilecto del inolvidable organizador de los Colegios Universitarios.

La doctrina filosófica de don Nicomedes, en evolución durante su larga vida (1), parece que comenzó por una concepción racionalista del Universo y de la vida universal, para terminar en un ferviente espiritualismo cristiano.

No he logrado tener a mano los folletos de García Nieto; pero recuerdo bien sus discursos en el Ateneo de Madrid y en el Casino de Oporto de esta capital, y en ellos trascendía un temperamento complejo, como el de Arés, influido y combatido como el de este ilustre maestro por todas las direcciones de la cultura contemporánea, si bien krausistas ambos en cuanto a la forma expositiva, las clasificaciones y la tecnología externa.

---

(1) Aun escribía a los ochenta años de edad.

El sentido kantiano, en sus manifestaciones fundamentales, apenas había penetrado en nuestra filosofía como no fuese en algunos casos que bien pudiéramos llamar esporádicos, y que cita con cierto orgullo Menéndez y Pelayo.

Arés, gran conocedor de Kant y de Schopenhauer, que tenía una cultura amplísima y que sería de los pocos que estudiaran a fondo por aquella época las obras del genio de Kœnigsberg, seguramente las expondría en su cátedra; pero, si llegaron por su conducto al espíritu de Dorado, le encontraron ya prevenido a juzgar por lo que puede deducirse de sus trabajos anteriores, los cuales muestran claramente que el imperativo kantiano era, casi desde su infancia, una de las fibras más resistentes de su biología jurídico-social.

En todo lo demás, y quién sabe si también en estos influjos kantianos, la formación de Dorado, al comenzar su carrera, se debía directamente a García Nieto, y de un modo indirecto a Martín Mateos, cuyo espiritualismo desbordó en el discípulo, hasta su viaje a Bolonia, y puede decirse que flotó toda la vida en su conciencia, aun por encima del escueto criticismo (1) que llegó a constituir en él, desde su regreso a España, un estado mental casi definitivo.

Dorado era un ferviente católico cuando comenzó sus estudios universitarios y aun se acentuó más su religiosidad cuando (creo que en el tercer año de carrera) fué discípulo de Gil y Robles.

Es este un momento interesantísimo de la vida espiritual de Dorado, en el cual se puede observar la firmeza de su carácter que, recibiendo influjos tan diversos como las enseñanzas de Arés y de Gil y Robles, se mantuvo firme a toda sugestión. Su espíritu, como la pal-

(1) ...el aspecto exterior de las obras de Dorado (alude a las numerosas notas que las ilustran), da la medida de su temperamento criticista, aun previamente antes de la lectura más somera. *Revista de Derecho Privado*.—Dorado Montero y sus libros. (Necrología); C. Bernaldo de Quirós.

mera del cuento oriental (1), se cimbreaba y se inclinaba cortesmente a uno y otro lado, pero presto recobra su posición natural; porque Dorado no vacila ni duda entre los dos insignes maestros y sigue impertérrito, acogido a su filosofía serrana, a su espiritualismo trascendente, si bien engrandeciéndolo y dándole más generosa amplitud a medida que su cultura se engrandece también con aquellas admirables enseñanzas.

Son memorables las oposiciones de Dorado a la beca del Colegio Mayor de San Bartolomé, que gozó durante toda su carrera. ¡El manquito!, ¡el manquito!, se oía, en son de elogio, por los ámbitos universitarios. Y con ello quedó ya consagrada para siempre su fama en Salamanca.

Tengo a la vista la composición que Dorado escribió para realizar el segundo ejercicio. Versó sobre la primera de las guerras púnicas, y en su relato, de una maravillosa sencillez, sin más que dos o tres tachaduras, con letra clara y precisa y con igual precisión de palabra y de concepto, resalta la energía indomable de su carácter.

«Así ya Roma —dice al final— quedó señora del mundo, venciendo a todos sus enemigos exteriores para dar comienzo a sus luchas civiles, bien entre las clases sociales, bien entre los jefes de ellas.

•Roma realizó su pensamiento que era dar muerte o someter a todos sus rivales. ¿Lo consiguió con Cartago? Las guerras púnicas lo dirán.»

No se borrará de mi memoria que, a raíz de sus oposiciones, se fundó por los estudiantes una academia universitaria de sentido ultramontano aunque con visos de tolerancia para todas las opiniones. Estaba yo recién llegado de Madrid, donde había hecho mis primeras ar-

(1) Aludía a él frecuentemente Dorado en las explicaciones, como se verá en el apéndice.

mas, en la Academia de Jurisprudencia, dando a mis intervenciones orales marcado carácter positivista y, cuando llegó turno de dar tema para una conferencia, indiqué uno que casi escandalizó a nuestro malogrado compañero.

—Y usted ¿qué tema propone?—pregunté yo a mi vez.

—De Covadonga a Granada o el triunfo de la Cruz sobre la Media Luna.

¡Quién había de pensar que aquella inteligencia que imaginaba ese tema sintético y de una refinada ortodoxia, buscaría, no mucho después en la más libre crítica y en el análisis independiente de todo dogmatismo, la labor fundamental del resto de su vida científica!

Salió Dorado de la Universidad con un gran prestigio; yo no recuerdo, de entonces acá, ningún estudiante que haya abandonado las aulas con una aureola semejante.

El doctorado de Derecho le puso en relación con don Francisco Giner de los Ríos, aquel ilustre maestro cuyo influjo todos los estudiantes de muchas promociones, sentimos en más o en menos.

Había, entre el espíritu de ambos, maestro y discípulo, una gran relación de semejanza que se convirtió bien pronto en intimidad espiritual; los dos habían llegado a la mayor edad con la conciencia sin mácula, en plena sinceridad, sin sombra de fingimiento; los dos sentían acendrada vocación por el derecho y la justicia y contemplaban la ciencia desde una posición, en todo lo posible, independiente de los prejuicios humanos.

Giner era demasiado tolerante para intentar siquiera levantar el velo de las opiniones y las creencias; respetuoso con Dorado como con todos sus discípulos, llegó la hora de la pensión y del viaje a Bolonia, y Dorado, seguramente poseído ya de grandes dudas, pero

sin dar su brazo a torcer ni exponerlas siquiera a su maestro, partió hacia Italia.

Allí se verificó esa profunda transformación entre el Dorado que conocíamos algunos pocos que aun vivimos y el Dorado, maestro de Salamanca, a quien todos habéis conocido y admirado.

El medio en que el becario salmantino vivió, durante su pensionado en Bolonia, es fácil de determinar aun sin otros antecedentes que el libro que publicó a su regreso, el conocimiento del ambiente social y científico de Italia en aquella época y las referencias orales de nuestro biografiado.

No quisiera errar en mis apreciaciones; pero, de todos esos antecedentes, he podido inducir que la influencia más decisiva que el sabio español recibió en Italia no provino de ninguno de aquellos publicistas y maestros de la famosa Universidad, con los cuales se puso en relación apenas llegado, sino de la lectura de dos grandes poetas cuyas rimas vibraban y aun vibran en la península italiana con acentos de satánica rebeldía. A su regreso, Dorado, más que de Ferry y Lombroso, de Garofalo, de Carrara y de Ellero, hablaba de Leopardi y de Carducci y aquel hombre, de ordinario silencioso y reservado, se animaba hasta la exaltación recitando, en alta voz, especialmente las estrofas del vate boloñés.

No osaría yo negar otras influencias del medio, sobre todo la de los positivistas del Derecho; pero Dorado, aunque mostrase gran interés por las nuevas direcciones de la ciencia y diera noticia de ellas con verdadero entusiasmo, jamás se declaró partidario de ninguna doctrina ni escuela.

A su regreso traía un sentido criticista que le mantenía a distancia de todas (1). Lo único que de un modo

(1) Su amigo cordial, nuestro ilustre compañero, don Urbano Gonzales de la

palmario, determinaba en él una evolución científica, un verdadero cambio, fué la protesta contra todo apriorismo, contra toda ortodoxia, contra toda fe. Y esa protesta, que hay que reconocer que también flotaba entonces en el ambiente de Italia, fué en Dorado oculta semilla que germinó casi espontáneamente al conjuro de las sonoras estrofas de Leopardi, puesto que, al menos en sus comienzos, se produce (luego lo veremos palpablemente) en una forma sentimental independiente de toda escuela y aun de toda concepción científica.

Quien conociera a Dorado, antes y después, no extrañaría absolutamente ese cambio al parecer tan radical: antes y después era un temperamento sincero, hondamente afectivo (1), dispuesto siempre a abrasar sus manos y aun todo su cuerpo, en el ara de lo que creía que era la verdad. Y tan verdad fué para él la ortodoxia católica de los primeros tiempos, que libre y honradamente profesara, como la rebeldía contra todo humano prejuicio que surgió en su espíritu, ya predispuesto al cambio durante su estancia en el Colegio de San Clemente de Bolonia.

Sus compañeros de pensión lo declaraban: Dorado asistía todos los domingos a la capilla del Colegio oyendo misa desde la tribuna, y reprendía a algunos de aquéllos por faltas de devoción que le distraían de la suya. Dos o tres domingos seguidos notaron que se

---

Calle, dice, en el admirable artículo necrológico que le dedicó en la *Revista de Archivos*:

«El cáustico y demolidor criticismo del célebre maestro de la Universidad de Salamanca, ha culminado en radiante síntesis, henchidas de idealidad, que abocetan un mundo nuevo. Pero esas mismas síntesis, frutos de las trágicas andanzas de un pensamiento constantemente atormentado, tienen tan intensa vitalidad, que podrán servir de fermentos a todas las heterodoxias mas nunca de comodín a los dogmatismos de la *ignavia natio*.»

(1) «...las más opacas excelencias de su austeridad catoniana —dice el señor G. de la Calle—, de su cordialidad apostólica, le conquistaron el afecto entrañable de los suyos (familia, discípulos, amigos, correligionarios, admiradores. . . .»

«Dorado poseía el alma ingenua, nobilísima de un niño-grande.»

acentuaba su fervor; que graves preocupaciones embargaban su espíritu y... luego no volvió a aparecer por la capilla ni volvió a asistir a ningún acto religioso.

¡La verdad; aquella eterna verdad en que muchos anhelamos seguir creyendo perpétuamente y en la que ponemos el ideal de nuestra salvación eterna, había dejado de serlo para Dorado y él, como hombre sincero, dejó de rendirla culto!

Así se realizó aquella mudanza tan diversa e injustamente comentada (1).

He dicho que Dorado, a su regreso, no venía afiliado a ninguna escuela, por más que el positivismo de los juristas italianos le mereciera gran simpatía.

Él mismo lo dice en la primera obra que escribió, dando noticia circunstanciada de sus estudios.

«El trabajo (se refiere a dicha obra) fué escrito... en el Real Colegio Mayor de San Clemente de los Españoles, en Bolonia, donde (el autor) permaneció dos años entregado con especialidad al estudio de la corriente positivista en dicha nación, su influjo en el derecho, y singularmente en el penal; materias que a la sazón empezaban allí a despertar interés en todos los espíritus amantes del saber, y que en manera alguna podía descuidar quien, en mayor o menor escala, *pretendía hacerse cargo del movimiento intelectual de aquel país.*»

Ya lo véis declarado por él sencillamente. Era un espectador interesado vivamente por el espectáculo, pero que al menos por entonces, ni en todo el tiempo que permaneció en Italia, no apareció como adicto de aquel movimiento de que sólo pretendía hacerse cargo.

En cambio la rebeldía late en toda la obra, aun siendo meramente expositiva; por todos los resquicios de ella, aprovechando cualquier incidente, surge aquel

---

(1) *La fama infame*, amasada con calumnias y bajezas (dice el señor La Calle.)

incendio del alma que prendiera en las inflamadas estrofas de los dos grandes poetas italianos.

La primera manifestación de su protesta es contra la asendereada ciencia española. Hay que respetar (lo repetiré cien veces) esa airada actitud de Dorado a su regreso de Italia, porque verdaderamente respondía a un estado de ánimo nacido al comparar nuestra cultura con la de aquel país.

Acaso ahora, al cabo de los años, no se produciría tan duramente como váis a oír, si contemplase a España ¡apenas le dejaría percatarse de ello la cruel dolencia! a la inculta y calumniada España, salvándose del naufragio universal y saliendo de la horrenda catástrofe sin mancha en su conciencia nacional, sin sangre en las manos. Y esto no por obra del acaso o la fortuna, sino por un elevadísimo concepto de su misión histórica, que ha sabido realizar heroicamente y resistiendo a los mayores apremios. . . . .

«La ciencia italiana.—decía Dorado— tiene actualmente una importancia y una significación grandísima, a que no llega, ni con mucho, la ciencia española; mientras aquélla es al presente muy apreciada y muy estudiada en todas partes, la nuestra es enteramente o casi enteramente desconocida y menospreciada por su escasísimo valor, mal que pese a los grandes patriotas *chauvinistas*; mientras la una merece especial mención por su iniciativa, sus adelantos y su grandísimo vuelo en cierta clase de estudios, la otra, fuera de muy contadas y muy singulares excepciones, *no figurará siquiera en la historia de la cultura del siglo presente*, por no haber producido obras que la hagan merecedora de ello; mientras la una es la ciencia que corresponde a un pueblo que ha sabido hacerse dueño de sí propio e independiente de perniciosas influencias, a un pueblo que ha despertado a la vida de la civilización, la

otra es la ciencia mezquina y endeble de un pueblo supersticioso, de un pueblo que todavía no ha llegado a adquirir conciencia de su propia personalidad, sino que vive sujeto a la cadena que antiguos verdugos le tienen desde lejana época, echada al cuello. Bien merecido tiene por esto la moderna ciencia española, el olvido a que la tienen relegada los países cultos.»

¡Así pensaba Dorado al regresar de su pensión en el extranjero; tan menguada idea trajo del valor de nuestra cultura científica en la última centuria! Y esa opinión pesimista, influyendo en su ánimo, siempre dado a la melancolía, determinó en él una tendencia al aislamiento, a la concentración espiritual que prevaleció, sobre toda otra sugestión, durante su vida.

A poco tiempo de la vuelta de Bolonia, fué nombrado auxiliar de la Facultad de Derecho a propuesta del Rectorado; no mucho después ganó por oposición la cátedra de Derecho Político de Granada y la permutó con nuestro malogrado compañero don Jerónimo Vida, que acababa de posesionarse de la de Derecho Penal de esta Escuela.

Así comenzó, o por mejor decir, así reanudó sus enseñanzas en nuestra Universidad, el ilustre profesor fallecido.

Es interesantísima su vida docente en el largo período de tiempo que profesó en nuestra Escuela.

Como apéndice y adehala rectoral, que en nada gravará el fondo del arca boba, publico al final la ingenua relación de uno de los discípulos de Dorado. En forma incorrecta, pero sentidísima, lleva al alma la impresión del carácter del hombre y especialmente da noticia circunstanciada de la docencia de nuestro perdido compañero. Ello me libra de esas divagaciones con que suele suplirse, en estos casos, la carencia de informes directos y fidedignos y llevará al culto auditorio una ráfaga de juventud y simplicidad.

Dorado tenía en su alma un fondo cristiano y una cultura clásica que, cuando llegó a plena madurez, salieron a luz, como ricas preseas, tenidas a buen recaudo: aquel, para teñir con pátina de caridad sus últimas concepciones filosófico-penales; esta, para dar a su lenguaje y a su exposición una limpidez que jamás alcanzó en sus primeros tiempos de publicista y de orador.

¡De orador! Aunque sea anticipándome a las manifestaciones que en el apéndice se dan a este respecto, he de decir que Dorado, si no únicamente, principalmente, era un orador y un polemista formidable. Al cabo de los años (no menos se remontará la memoria al 1887 u 88), recuerdo, como si lo estuviera presenciando, la discusión habida en el Casino de Oporto (1), entre el gran civilista Hilario Beato, José González Alonso (Pepe el Gallego), uno de los hombres más inteligentes y más cultos de España, Vicente Beato, un malogrado talento y el que os dirige la palabra.

Todos hablábamos, en plena cordialidad, sin reparo ni medida y discutíamos *divinarum atque humanarum rerum*. Dorado sonriente unas veces, otras preocupado, callaba; pero un día, en que la pasión caldeó los ánimos, no sé si acicatado por Pepe el Gallego, rompió a hablar con un fuego y una tan natural y espontánea elocuencia, que nos dejó pasmados, no sólo por lo que decía, sino por la forma sobria, llena de elegancia y bizarría con que lo expresaba.

Y así era también la prosa de sus últimas obras en las cuales, absorbido por el ideal de un derecho justo y una justicia verdaderamente humana o por mejor decir (aunque él no lo dijera), verdaderamente divina, prescinde de la erudición, enojosa en otros trabajos suyos y deja que la inspiración guíe su pluma...

(1) Estaba en la casa que hace esquina entre las calles de la Rúa y Palomino, según se baja por ésta a mano derecha.

«La idea madre —dice— que ha dominado en el orden penal durante muchos siglos, que penetra desde el principio hasta el fin de los Códigos penales y de procedimiento penal que actualmente nos rigen y todas las obras de los escritores, sea cualquiera la escuela a que pertenezcan, sin excluir los de la llamada positiva, es la de que la justicia criminal es una cosa mala y odiosa.

Se supone que los jueces y tribunales del orden criminal están puestos por la sociedad, mejor dicho, por el Estado, para imponer un mal al ciudadano que haya realizado actos prohibidos por la ley o que haya dejado de realizar un acto que por la ley tenía obligación de practicar.»

«Y no hay remedio —sigue más adelante—: la corriente humanitaria va creciendo; la simpatía de la opinión en favor de los delincuentes, a los que considera como desgraciados, es cada día más grande; siendo de esperar que llegará un momento en que dicha opinión no deseará que al delincuente se le cause mal alguno, tanto menos, si, como se dice, las acciones que ejecuta son producto, más que de su libertad, de las condiciones fisio-psíquicas de su organismo, en cooperación con las condiciones del medio en que ha vivido.

Cuando esto suceda, y parece que estamos en camino de ello, el interés individual del procesado, el principio *pro-reo*, habrá concluído por sobreponerse de un modo absoluto al interés social, al principio *pro-societate*, y no se exigirá castigo alguno para los delincuentes. La evolución habrá terminado.»

Este es el Dorado de los últimos tiempos, que yo os presento como ejemplo; un hombre saturado de cultura cuyo fuego espiritual, obrando a manera de crisol, la ha fundido y transformado en substancia afectiva, en sentimiento cordial y humanitario, en idea madre —dice él, maternal, diría yo—, de la cual surge todo un sistema penal y penitenciario a la vez, que transformará

algún día en leyes, verdaderamente humanas, derivadas de las leyes divinas, estas normas crudelísimas y draconianas que aun imperan en todas las naciones de la tierra y deshonran e infaman la ciencia de lo justo y de lo injusto.

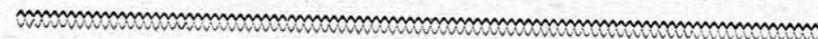
A vosotros, ¡oh, jóvenes!, los que para bien de la patria habéis salvado de la catástrofe, os toca contribuir a realizar en el mundo esa obra, iniciada por Dorado, esa inmensa transformación que afectará desde los cimientos a la cúpula del edificio social. A vosotros, que no habiendo sufrido los rigores del hambre, de la guerra y de la peste, debéis conservar, con el vigor corporal, la razón serena y ecuánime, os compete formar en la vanguardia de esos ejércitos de la nueva cultura que van a conquistar para la sociedad cristiana del porvenir, los últimos baluartes de la barbarie.

Desde los alejados ventanales del Poniente, en el último tercio de la vida, que es como un dulce atardecer del espíritu, como un otoño de la existencia, tibio y melancólico, yo os contemplo con emoción, preparados para realizar la noble empresa.

¡Dios os ayude y os bendiga!

HE DICHO

Salamanca, 31-VI 1919.



## APÉNDICE (\*)

Los que departían con Dorado, tenían ante sí —e instintivamente se daban cuenta de ello— el mayor caso de voluntad imaginable, y no menor por no haberse manifestado con materiales o instrumentos brillantes, ni por no haber dejado una huella ostentosa. El caso de Dorado, como fenómeno de auto-formación, era único. Lo que en él se imponía como característico sobre toda otra calidad, era *la voluntad*. La voluntad que le salía por los ojos. Toda la vida de Dorado estaba en los ojos, de un brillo inextinguible, alojados en un amplio cráneo, que alumbraban como un fanal. Tenía un *tic* nervioso de cerrar y abrir instantáneamente los párpados, y, cada vez que lo hacía, clavaba con más insistencia las enjutas pupilas. El resto de la fisonomía mostraba un tono general de no sobrepujada modestia, perturbado por la expresión inquiridora y contenida. Los bigotes, lacios; la barba, entrecana; el pelo, gris, pugnaba por pasar y no pasar del colodrillo, con que descubría un espacioso y no impedido frontal, surcado de arrugas escalonadas hasta las cejas, muy pobladas; la nariz, ancha; el color, tostado de andar mucho al sol; la estatura, mediana; el tipo, enjuto y menudo. El aspecto general, sobrio, de castellano. El sol, sobre su límpido cráneo, producía esas tonalidades doradas, propiamente doradas, observables en el cuero bruñido de los pescadores y aceñeros, sumidos a medio cuerpo en el caz del molino: el color de los desnudos de Velázquez. El aire de mesura y comedimiento que tenía Dorado le daba cierto aspecto de superada rusticidad, esa que muestran los místicos y misioneros andariegos de la meseta. Puesta la mano sobre el corazón —como solía— recordaba el retrato del Greco, llamado del Beato Avila, salvo la terrible e insistente mirada, sin la cual no se puede concebir a Dorado.

(\*) Consignanse, aquí, algunos interesantes fragmentos del extenso estudio escrito por un discípulo de Dorado.

Y como *substratum* latente de todo, la voluntad: la voluntad que informaba su fisonomía, que salía por sus ojos, que asomaba en sus gestos; la voluntad que destilaba su temperamento, que era su carácter, él.

Una categoría psicológica le henchía todo: el deber. Toda la belleza de la personalidad y de la vida de Dorado hay que buscarla en su carácter mismo, que se manifestaba en postura constante y sincera hacia el deber. Y aun la misma libertad anhelada sabía impregnarla de la especie, en él jugosa y flúida, del deber. En el método hacia el deber, involucrado al progreso humano, encontraba la única y verdadera libertad.

Producto de educación o producto natural, Dorado se nos manifestaba como un temperamento moralizante y un carácter fundamentalmente moral.

Dorado Montero amaba el campo como los hombres que son buenos, y a nadie como a él convenía esta humana calificación de sincero amor del campo. Este incansable campeador hacía las más largas jornadas sin muestra de fatiga, y alguna vez fué a pie desde Salamanca a Navacarros. En el campo estudiaba, en el campo meditaba. El campo, que oreaba su tez, y el sol, que bruñía el lustre oro de su cabeza, eran para él sobrios y recios inspiradores de su voluntad.

Tengo para mí que Dorado fué víctima del sino científico y universitario. La investidura oficial le señaló un *nefas* que bien se cuidó de no traspasar. Su temperamento, originariamente apasionado, y nada flemático, de posibilidades creadoras, quedó relegado por su férrea voluntad a un tipo absorbentemente moral, sin resquicio para una miga de bellaquería, que enredara un poco —donairizándolo— el mecanismo severo de la vida. El estudio y la verificación de ciertos filosofemas le tenían envaído de la acción y del arte.

Este fué, a mi ver, el sino y la interesante fábula de la vida interna de Dorado, y eran su reflejo fisonómico aquellos rasgos expresivos de un ímpetu siempre contenido, que a veces asomaba, apenas perceptible, a flor de labio, con muestra fugaz. Su vida —que todo era vida interna— sería más interesante que sus obras, y de ella sólo en su clase y su trato podía algo traslucirse.

Curioso es el estudio de su escepticismo práctico y modo de manifestarlo en la vida cotidiana. Cuentan de él que todas las mañanas, al salir de casa para ir a clase, hacía un examen de conciencia y se decía: ¿Qué debo hacer?, ¿qué finalidad voy a cumplir?, ¿qué

eficacia se va a seguir de mi trabajo?, etc.; y solo, después de un momento de perplejidad, diariamente repetido, se resolvía a su camino, en que aquella pregunta volvía a reproducirse varias veces.

Este su proceder era como en línea quebrada, sólo proseguida a fuerza de inevitables pérdidas morales. El desgaste psíquico y el dolor se acrecentaban al trasladar un criterio dubitativo, de eficacia científica, a un orden práctico de la vida cotidiana que antes necesitaba de un saludable impulsor que la animara a superar sus trámites diariamente, a la manera de aquel de Goethe, de tan alto valor educativo, que fué para él como un genio familiar, que le infundió eterna juventud:

«Willst du dich deines Wertes freuen, so mußt der Welt du Wert verleihen.» (Si quieres complacerte en tu valor, — has de conceder valor al mundo.)

Era Dorado, ante todo, un hombre austero en todas las derivaciones de su actividad, y muy especialmente en su aplicación científica. Un ascético de la ciencia, que diría Nietzsche. Tenía la superstición del hecho efectivo, y para asistirlo y tratarlo cual cumplía, se purificaba como un sacerdote, aplicándole después, ritualmente, todos los escrúpulos. Carecía de la suprema ironía de decir sí o nó, y en él aparecía el desenfado de la afirmación sustituido por el tesón de la duda y la constante verificación. No padecía de ideas precisas y angulosas, y carecía, por lo tanto, del escrúpulo de aquel que no se producía por el temor de que sus ideas, por escuetas y precisas, fuesen vulgares.

Estaba asimismo libre, y por las mismas razones, de la obsesión de los sistemas integrales y del peligro de tener facilidad para trazarlos.

Esta austeridad le vedaba el jugar de la palabra y de complacerse en la expresión. Dorado, cuando escribía (no cuando hablaba), tenía un estilo seco y trabajoso.

El jugar con el lenguaje implica una disposición deleitable del espíritu. Nunca la pudimos observar en Dorado, a quien jamás sorprendimos *in hilaritate*. En él, ni la exultación espontánea, casi infantil, ni la alegría discreta, ni la alegría radiante, a que a veces se elevan los hombres, si algún momento dejan de verse impedidos por los afanes ineludibles del vivir o por los imperativos creados del deber.

El celo religioso de su mocedad, el que le sugería temas de conferencia como éste: «De Covadonga hasta Granada, o el triunfo de la cruz», etc., había desaparecido con la compensación de un sucedáneo psicológico: la superstición del *factum*, del *petit fatalisme*, que Nietzsche reprochaba al positivismo francés.

Recuerdo imborrable conservaremos de su clase. Un aula oscura, hundida, lóbrega, de elevados muros y techo de artesón. Sólo recibía luz de una ventana alta, al fondo, espaldas a la cual, sobre un estrado, estaba la silla o cátedra. Un cono de luz meridiana rompía por el ventanal, caía sobre la cabeza del maestro. Todo el resto del recinto quedaba en sombra. Caía aquella luz casi de plano, en ángulo muy agudo. Sólo iluminaba, como digo, la cabeza de Dorado, y la pulía, la doraba con matices sobrios de cantera dorada salmantina.

La mano del maestro se movía en la penumbra. A veces acertaba a interceptar la corriente luminosa que hacía chispear el polvo y vibrar el aire del aposento. La mano, entonces, del maestro se iluminaba, y sus movimientos acrecentaban su expresión. De todos los recuerdos de la fisonomía de Dorado, ninguno como su mano. Era como la facción más característica. ¡Qué diligente! ¡Qué expresiva! Llevaba la mano el ritmo del discurso, accionaba la mano —con vívida y precisa expresión— no sólo lo que decía en el momento, sino las palabras por venir. Se anticipaba al discurso, detenía el discurso. Su elocución mímica era enérgica o audaz, o grave o sosegada; pero siempre en grado mayor que las palabras. A veces, en la correlación establecida entre la mano y la palabra, faltaba ésta, y la mano, con un ademán irresistible, cazaba la palabra, y si era rebelde, repetía el intento hasta apriarla:

Per l'ala a volo io còlgola, si volge  
ella e repugna.

(Carducci, Odi barbare).

Vivió siempre una vida oscura, provinciana, repartida entre sus paseos solitarios y su estudio. Tenía éste en una habitación reducida de la planta baja de la casa, ocupadas, las paredes, hasta el techo por varias estanterías que eran la única decoración. En medio, varias mesas de trabajo, una de ellas para escribir de pie, de que tenía costumbre. Escribía prodigiosamente con la mano izquierda, el pliego en la posición natural, sujetado por el brazo derecho. Las estanterías, como he dicho, hasta el techo, estaban henchidas de libros, todos, todos en rústica, de tal manera que parecía de industria. Esto de los libros en rústica prestaba fisonomía a su estudio. Preguntado algunas veces sobre el particular, contestó que con lo que se encuadernaba un libro había para comprar otro. Y este aforismo biblioteconómico, que era como un epifonema del aspecto de su librería, conocido de todos los garullos y pavipollos de su clase, se les quedaba a los muchachos grabado indeleblemente en la memoria y en la imaginación más que

los aforismos penales; prueba evidente de que estaba dotado de admirables condiciones de asimilación y comprensión, que por maravilla pudiera presentar cualquiera de los otros.

Había intentado Dorado, en su juventud, el ejercicio de la abogacía sin pasar del intento movido de una repulsión espiritual invencible. Alguna alusión nos hizo a este episodio de su vida. Estudiábamos entonces la Psicología criminal del propio Dorado, cuya inmediata enseñanza es la de que, en la legislación española, está ausente la psicología. Las leyes españolas parecen más bien tratados de resistencia de materiales. Estudiábamos también el Código, y en él, para nuestro tormento, el estúpido mecanismo de la escala de las penas. Nosotros comprendíamos muy bien la repulsión de Dorado a sujetarse al tráfico obligado de todo esto. Extendiendo el comentario, en la profesión académica hay algo parecido; también una escala estúpida de notas; también una organización de tribunales, juicios y sentencias... (Ningún hombre —decía Dorado— es digno de juzgar a otro hombre). El universalismo tenía como atado a su duro banco al espíritu de Dorado, tan libre para desentenderse de todas las imposiciones.

Aquel mismo curso asistíamos con Unamuno a las clases de griego y filología románica. Allí, por vez primera, se me abrieron los ojos a las bellezas del arte antiguo, y me dí cuenta de su alto valor educativo. Vivía, entonces, en perpetua exultación y entusiasmo, lleno siempre de las especies, tan plásticas y coloridas, de los héroes de la *Iliada* y de la tragedia griega.

Allí supe apreciar también, por vez primera, el sentido filológico, que es humano, afable, comunicativo, y un antecedente imprescindible para iniciarse en la filosofía, en la historia del espíritu y en el comercio de los hombres que saben y sienten; y que hace, finalmente, más fluidas las relaciones espirituales y destierra la barbarie exclusivamente tecnicista. Aprendí con Unamuno, la historia de nuestro idioma y la de sus hermanos; leíamos con él los máximos poetas italianos, franceses y portugueses; y, superando la filología y la crítica en lo que tiene de superstición, pugnábamos —arrastrados del ritmo del maestro— por sentir las creaciones poéticas en toda su plenitud. Caso inaudito de maestro y de enseñanza que, con escándalo de las *gens du metier*, ni repara, con solicitud de gallina, las migajas entre las piedras, ni se atiene al camino real que es el camino de los muchos.

Gustaba Dorado de hablar por parábolas. La conducta del hombre fuerte —decía en una ocasión— ha de ser como la raíz y

como la base de la palma. Nada más firme que esa raíz, y nada más voluble que la copa de la palma. La palma tiene un fuste muy sutil y un penacho lleno de airosidad, de vicio, a merced de los vientos. Los vientos lo cimbrean, y el fuste, curvado, flexible, lo humilla casi hasta la arena. La base de la palma y sus raíces, permanecen inmovibles contra toda contingencia, arraigadas a la sustancia del suelo, extraña a los accidentes de la altura.

El hombre fuerte, como la palma, debe ser imperturbable a todo evento; sólo debe informar su conducta por sí mismo, por sus imperativos naturales... Decía, y por entre sus palabras, se imponía, casi distinto el estóico encarecimiento del poeta.

Compara el místico Alonso de Orozco, en una de sus obras, la oración a la palma. En el místico la oración es un producto de la resolución, de la entereza. Por distintos caminos la comparación le sugiere semejanzas que conducen a un mismo fin que el de Dorado: al panegírico de la voluntad.

Cuando apuraba Dorado su símil de la palma, cobraba su mano más acción y expresión que nunca.

¡Mano maravillosa, de un lenguaje que no supo ninguna otra mano! Erguía sobre la incomada cabeza, algo abatida, y luego la sacudía rítmica, pero bruscamente, manteniéndola a aquella altura. Todos los vientos del desierto se entraban por ella, y la copa de la palma, bamboleada, se presentaba plástica, rítmica y activa a las imaginaciones adolescentés...

«Las obras del espíritu —decía en otra ocasión— consumado el fenómeno de la creación, subsisten con vida propia; quedan desprendidas del autor. Mis obras —añadía— no son responsables de lo que estoy diciendo, no están, una vez manifestadas, sujetas a la misma evolución constante en que, en todo momento, yo y todos nos debatimos. Ni han de ser una rémora para mi perfeccionamiento. Las obras, una vez producidas (decía, recogiendo el símil viviente y ágil), son como la *manzana caída*. Ya no pertenece al árbol. Ya no es del árbol. Ya es *ella sola*, repetía ardidamente. Puede fructificar o pudrirse y desvanecerse; pero ya es ella sola». Con todo —decíame yo para mis adentros— esa independencia puede ser una ilusión, y persistir, al contrario, el desgajo, reciamente atado al conjunto, y aun implicar y arrastrar con su suerte una acción más o menos complicada. Si en la civil escena de Guillermo Tell, el muchacho se come la manzana, no hay tragedia.

Dada nuestra rudeza espiritual y cultural, en ciertas divagaciones filosóficas tenía que llegarnos con ejemplos prácticos de los que se usan en los tratados de iniciación filosófica.

Los objetos (nos decía exponiendo el problema del conocimien-

to con un método rigurosamente idealista) existen como tales en cuanto son observados por el sujeto. El sol —añadía— sólo existe en cuanto nos lo representamos. El sol, en aquel momento, caía, casi de plano, sobre la cabeza de Dorado. Nosotros mirábamos, alternativamente, al sol y a Dorado, y, sin rebozo, nos decíamos todos, dándose el caso de una maravillosa coincidencia:

Si ese sol, oh maestro, no te calentara el cráneo, no estarías ahí para contarlo. En aquel tiempo la realidad empírica nos llenaba escandalosamente, la veíamos con un vigor insultante (1).

En toda sazón nosotros escuchábamos a Dorado estupefactos. Era la primera vez que oíamos aquellas cosas. Caían en nosotros las palabras misteriosas como el chorro en el botijo: con sonoridad agradecida de vacuo recipiente, que se disipaba al instante. Dorado era, con su afición a las divagaciones metafísicas (sobre la libertad, la finalidad, la motivación, la idea y el concepto del derecho, los fundamentos de la pena, etc.), el hombre que primero había intentado iniciarnos en el sagrado misterio. El primer hombre que se nos manifestaba atormentado por la duda. ¡La duda! He ahí la palabra que ya conocíamos de oídas. ¡La duda! —Era para nosotros el hombre que se mantenía siempre en posición instable, que no prestaba fe en los datos cercanos con que se trafica en la convención cotidiana, que nos sorprendía con ejemplificaciones bizarras de excepticismo.

Era para nosotros un Licenciado Vidriera redivivo, acometido del terror de quebrarse por el cuerpo o de quebrarse por el argumento...

Era su clase un recreo espiritual, era gustosa, henchida de variados encantos, en la que amenudo el maestro, abandonado el tirso de la ciencia, se mostraba verdaderamente poseído del dios. Este, que era el momento de Dorado, sólo en su clase podía ser sorprendido. Nosotros decíamos que tenía *elocuencia*, y con el vocablo pretendíamos expresar la fuerza cordial de su palabra y su acción.

(1) Años después supe, con satisfacción, que nuestra fe infantil coincidía también con la no menos infantil y poética de Goethe: «Pero este Goethe —decía Schopenhauer en una conversación— era tan del todo realista, que no se le podía hacer entrar en que los objetos, como tales, sólo existen en cuanto son representados por el sujeto consciente. ¿Qué (me decía en cierta ocasión, enfocándome con aquellos ojos de Júpiter) la luz sólo había de existir en cuanto usted la mirase? Al contrario. ¡Usted es el que no existiría si la luz no le mirase a usted!» (Griesebach: Schopenhauer Gespräche).

Más que nunca manifestó Dorado sus energías en la enfermedad que le llevó a la muerte. Cuando yo asistía a su clase, ya le minaba con progresos visibles. Sólo, en virtud de un esfuerzo sobrehumano, podía cumplir sus obligaciones. Esta exacerbación de sus molestias físicas, en sus últimos años, no fué sino el paradigma, algo acentuado, de toda su vida dolorida. Y en él se cumplió el desesperado proverbio: «Quien malas fadas ha en la cuna, le abandonan tarde o nunca.» Tenía que someterse a la aplicación de inyecciones tónicas para poder salir de casa. Si eso es vivir, así era su última vida. Una extrema debilidad nerviosa a un tiempo le postraba y le exacerbaba. La pluma se le caía de la mano. Ni escribir, ni leer. La visión del dolor se presentaba patente a sus ojos, y él se preparaba, serenamente, a todo su desarrollo. Poco a poco fué disminuyendo las salidas. Finalmente, se encerró en su casa, en que por mucho tiempo había de estar recluso. Así iba por sus pasos doloridos a la meta de la total purificación, en que la apariencia corpórea se reduce a unos puros rasgos, que son trasunto de las vivaces energías del espíritu:

«Das schnellste Tier, das euch trägt Zur Vollkommenheit, ist Leiden.» El vehículo que más pronto os lleva a perfección, es padecer. (Meister Eckhård).

Mientras haya vida (= amor a la vida), hay esperanza. Y si el amor es amor a la muerte, entonces la esperanza volucra se expulsa incontenida por los siglos de los siglos:

«¡Laudato sia, mio Signore, per sora la morte carnale!» (Canto del Sole).

En este último tiempo los ojos de Dorado fulguraban el amor a la vida.

Ya poco antes de postrarse en la cama para siempre, en el verano de 1918, se pasaba las jornadas enteras reclinado en un sillón, en la terraza de su casa. Allí tuve ocasión de verle varias veces, una de ellas, inolvidable, juntamente con otros discípulos suyos. El sol cayente iluminaba aún los muros y la fachada inexpresiva del Carmen de Abajo, frontero a la casa de Dorado. De allí se divisaba la cresta del Monte Olivete, y sobre él —blancos— los frailes en el paseo vespertino. La sombra de la mole de la Catedral se alargaba progresivamente, y el puente romano aparecía, al fondo, el más favorecido de la última luz, joyosa y exultante en las aguas de entre sus pilares. La atmósfera, poco antes llena de movilidad, ya no vibraba; el aire, y con él el paisaje, ya no se movía. Todo estaba henchido de una maravillosa quietud. El ambiente tibio, aunque algo bochornoso de la tarde, impregnaba de sus calidades las cosas, las sensaciones y las palabras. Yo lo contemplaba todo, y a Dorado en medio de todo,

y mi espíritu barroco se complacía en la descripción. Todo casi inerte: los ojos del maestro llenos de vigorosa penetración

para qué a consciencia o pé do inconsciente?

(Teixeira de Pascoaes: Poesías).

Allí Dorado recibía el obsequio de unos pájaros. Ya los conocía por sus figuras, por sus meneos. La personalidad de los pájaros no era sino grados de su voracidad. Se le posaban en la mano y les daba migas de pan. Aquella tarde no nos habló sino de los pájaros.

Volví a verle, ya en sus últimos días, —postradísimo, en la cama. En aquella figura sumida —apenas se adivinaba el cuerpo bajo las sábanas— todo el hombre se había resuelto en la mirada, poseída de un brillo poderoso. Nunca tal le había visto, ni lo creyera. «Aquí estoy —me dijo— armado de paciencia esperando a que esto acabe.» Parecía conservar las energías de siempre. Gustó de departir conmigo sobre temas de entonces...

Dorado, en resumen, valía personalmente tanto como pudiera valer su labor científica. Un trabajo digno de Dorado y muy propio de los que sientan interés y amor por él, sería reconstruirle según el hombre, no según las obras (científicas), las cuales escapan a la atención de un ingenuo anotador. Su carácter se imponía aún a su vida oscura, la cual, referida a su carácter, siempre resultaba interesante. La historia íntima de su conciencia, pues que era tan rica de contenido, había de ser, por más que callada, humanamente trágica. Era Dorado devoto de Leopardi, de quien recitaba pasos enteros de memoria. Una misteriosa afinidad le unía con el poeta. Buscaba, acaso, en su poesía un reflejo de su espíritu.

Tras la representación anodina de su vida provinciana quedábanse las escenas turbulentas de su alma irredimida. Lo más interesante de Dorado —al decir de Unamuno— sería un Diario íntimo que algún día se exhumase. Sí —y no sería el de un abúlico, como Amiel, antes el de quien supo labrar, por sus pasos queridos, la propia ventura dolorida.

De propia industria, movía su espíritu Dorado por ecuaciones lógicas, por conceptos. Conceptos, con rigor encadenados, construyen, trabajosamente, la ciencia. Esta construcción, que no se cubre nunca, cada vez más perfecta, es el producto del trabajo proseguido, y apenas tiene una satisfacción ilusoria en el trabajo mismo y sus productos, ya que la idea sigue flotando inasequible. La idea científica apenas se vislumbra, ni es necesario para el

rendimiento útil. Los trabajadores que la anhelan van cayendo, agotados, rindiendo inacabablemente su provechoso tributo. En esta esfera se movió Dorado durante treinta años, y de ella los copiosos frutos delataron una flor? (La gracia —dice Xenius— le sonrió tres veces.) Cabe preguntar si era, de verdad, la esfera de Dorado; y sólo la pregunta justificaría estas cuartillas. Dorado se movió por un ideal científico durante toda su vida. ¿Fue una víctima de él? Acaso sofocó en aras del concepto, de la convención científica, la idea plena para la cual pudiera estar más bien dotado. —¿Qué queda de Dorado? —Queda una vida admirable, varias generaciones de discípulos, varios libros, y, sobre todo, una pregunta. Y esta pregunta le coloca en una posición tan señera y tan conspicua, que ha de arrebatarse, por su propia virtud, las miradas de todos. Y, principalmente, las miradas de los jóvenes; que entre las fugaces experiencias hispánicas de la decadencia se ha de fijar una, que es una enseñanza y un dictamen. En la penuria general de la vida española apenas ha surgido, como materia de observación, algo que signifique potencia de creación y afirmación original. Los más beneméritos se nos han manifestado como sujetos —objeto de una pregunta, de valor inapreciable, porque en ella se concentra la única esperanza.

Pero Dorado, era aún más que todo eso. Se hizo amar, y esto de él quedará entre nosotros. Que nada hay respetable; mas el amor va su camino.

X640922851

UNIVERSIDAD DE SALAMANCA



6403412913

DON P. G.<sup>a</sup> DORADO

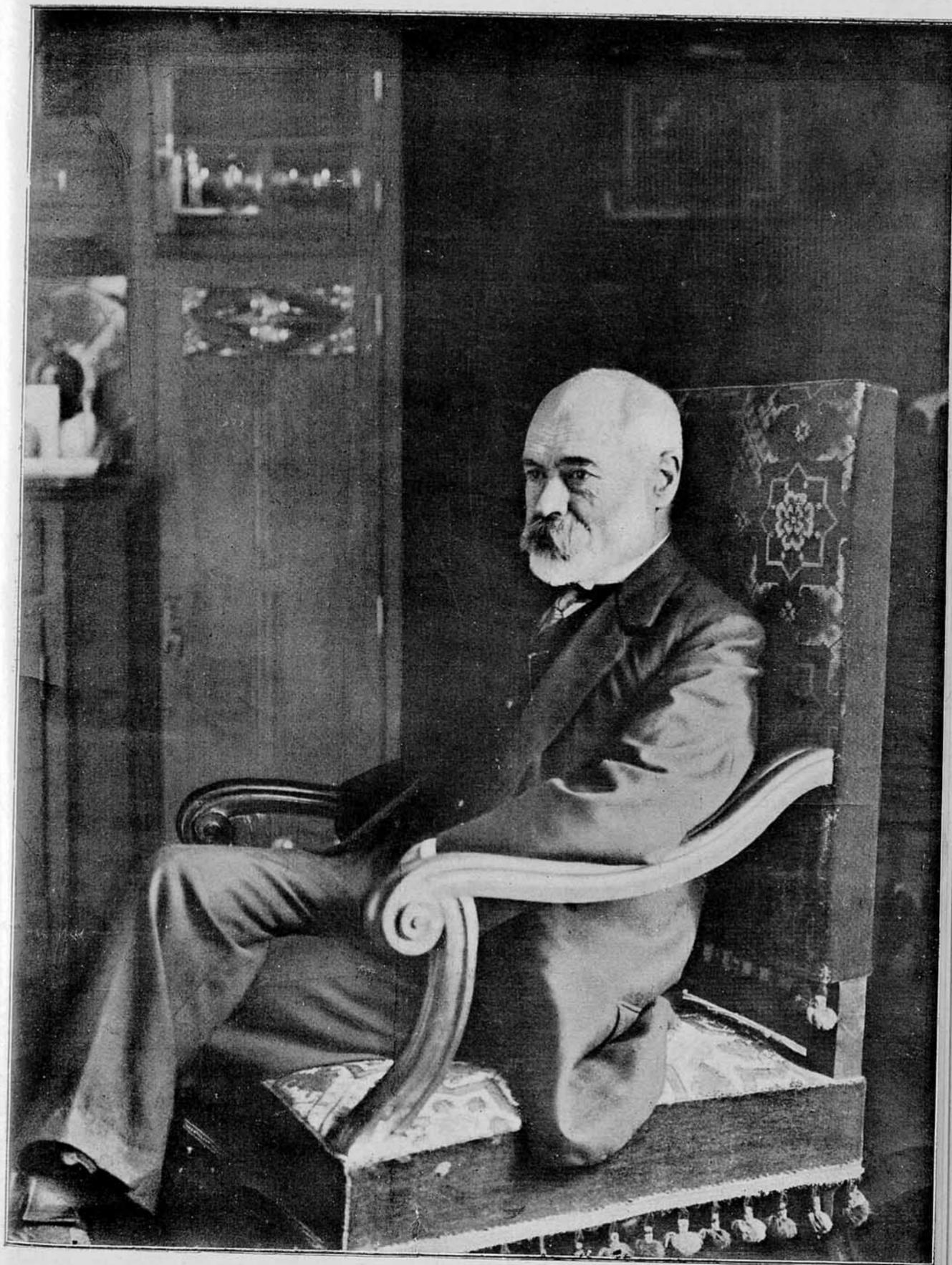
Si es triste la separación puramente académica, que no nos priva de su trato constante ni de su colaboración en casos graves, de los queridos compañeros jubilados, ¿cuánto no lo será la eterna ausencia de don Pedro García Dorado y Montero, hijo ilustre y eminente maestro de esta Escuela, malogrado en plena madurez, y cuando su poderosa inteligencia estaba rindiendo los más sazonados frutos?

Yo quisiera, señores, saber llevar a vuestro ánimo, con mis palabras, la viva e inestinta impresión, el recuerdo acendrado, que cuidadosamente conserva mi memoria, de aquellos ya lejanos tiempos en que conocí y traté cordialmente a Dorado, recién llegado a Salamanca.

No vino Dorado completamente desnudo de cultura fundamental como pudiera creerse y aun creo que se ha afirmado. Tal vez hubiera ocurrido así, aun viniendo de lugar de más refinadas apariencias; pero en ese macizo montañoso de las sierras de Avila, de Béjar y el Barco, oculto, no sé si entre las nieves de la cumbre o entre los sombríos castañares que visten las laderas, hubo largo tiempo y acaso aun dura, un foco cultural bien apreciable para quien se preocupe de estas cosas.

Alude, a él, el piedrahitano don Toribio Núñez, famoso expositor de Bentham, profesor y estacionario de la Biblioteca de esta Escuela. Y, a partir de este jalón bien visible en el campo de la ciencia española y prescindiendo de otros menos aparentes, nos encontramos, llenando casi la pasada centuria, con don Nicomedes Martín Mateos, filósofo, moralista, sociólogo, abogado eminente, consejero áulico, hombre verdaderamente extraordinario que jamás quiso desarraigarse del bello terrazgo, y que, con sus enseñanzas, extendió por él esa llama cultural que yo os invitaba a distinguir en la lejanía de las montañas carpetanas.

Don Toribio Núñez y don Nicomedes Martín, tenían



Ultimo retrato de don Pedro García Dorado y Montero, hecho por su amigo don José Reina Díaz.

